

LA CELEBRIDAD.

No sé como la filosofía materialista se explicará la constante propension de la especie humana á la inmortalidad; ese afán del hombre á perpetuarse, á sobrevivirse; porque no es el instinto de la conservación lo que nos mueve; no es la posesión perpetua de esta vida mortal lo que realmente ambicionamos.

Por risueña que sea nuestra suerte, hay momentos muy frecuentes en que la vida nos causa un dolor indecible.

La inmortalidad dentro de estas ligaduras que nos sugetan á la tierra sería la desesperación. De todos los tormentos que la imaginación puede representarnos no hay ninguno semejante al de la eternidad sobre la tierra.

Además, los héroes buscan la inmortalidad en la muerte; la mayor parte de los hombres extraordinarios, cuyo nombre, pasando de unas en otras, viven en la memoria de las generaciones, han obtenido el honor de la inmortalidad después de muertos.

Mientras el sepulcro no recoge sus despojos mortales, la fama no se atreve á dar á sus glorias una sanción perpetua.

El amor á la gloria no es en resumen más que el horror á la muerte. Hay dentro de nosotros un afán oculto que nos impulsa á vivir fuera de nosotros mismos; algo que traspasando los límites de la materia y de la vida nos lanza á regiones desconocidas en busca de un tiempo sin medida y de espacios sin términos; movimiento íntimo de la parte mas noble de nuestro ser que interiormente nos agita, como si quisiera romper las ligaduras que le oprimen, y semejante al preso que mide impaciente la lóbrega estrechez de su calabozo, sondea al través de los hierros que le cierran el paso las luminosas profundidades del horizonte; ánsia inquieta de una vida inmensa, que no cabe dentro de los límites de la frágil vida en que se halla aprisionada; esencia misteriosa, que se exhala de nosotros mismos y que semejante á los perfumes mas puros, se escapa del vaso en que se halla contenida.